

retirarse con seguridad. Todavía Fernando quiso que se hiciera una intimación pública ante todo el pueblo, para que se supiese el partido ventajoso que ofrecía en caso de sumisión. El encargado de esta peligrosa embajada fué el bravo campeón Hernán Pérez del Pulgar, el de las Hazañas, que tuvo el arrojo de presentarse y cumplir su misión ante las turbas iritadas por el Zegrí, si bien fué necesaria la enérgica intervención de este candillo y de algunos nobles alfaquíes para que el caballero cristiano pudiera escapar sin lesión á informar al rey de que Hamet y sus gomeles estaban resueltos á defenderse hasta morir.

Entonces el rey levantó ya sus reales de Velez, (7 de mayo), y marchando con su ejército por la costa, avanzó por las ventas de Bezmiliana, mientras las galeras y barcos transportaban por mar á su vista las baterías y municiones. El ejército tenía que pasar para acercarse á Málaga por un estrecho valle dominado por dos eminencias, una la del castillo de Gibralfaro (1), y la otra un cerro de agria subida colocado entre el castillo y la áspera sierra que cubre á Málaga por la parte del Norte. Esta altura es la que tenía que ocupar la vanguardia de los cristianos para facilitar el paso al ejército que avanzaba por la angostura. Pero defendida por la gente de Hamet el Zegrí (2) y protegida por los fuegos del castillo, era menester un grande esfuerzo para tomarla, y grande y vigoroso fué el que hizo un cuerpo de gallegos conducido por el maestro de Santiago. Varias veces fueron rechazados los de Galicia por los moros, y otras tantas volvían á trepar con el mismo ánimo la montaña; peleábase cuerpo á cuerpo con cimitarras y puñales; era una lucha á muerte, en que ni se pedía ni se daba perdón de la vida; hasta que reforzados los gallegos por el comendador de Leon, por el caballero Garcilaso de la Vega y por algunas compañías de las hermandades, ganaron el cerro, en cuya cumbre plantó un alférez de Mondedero su estandarte, y obligaron á los moros á refugiarse en Gibralfaro. Pasó entonces adelante el ejército, y la altura de la sierra tan briosamente disputada se dejó al cuidado del alcaide de los Doneceles.

Al día siguiente avistó Fernando los muros y los torreones de Málaga. Acercóse, plantó el pabellón real, sentó las tiendas y distribuyó las estancias, haciendo una línea de circunvalación que se extendía sobre las colinas y los valles, formando un medio círculo; el otro medio le formaban las naves ancladas en la bahía, dejando en el centro á Málaga. Desembarcó la artillería, de la cual se colocaron cinco lombardas gruesas en la cuesta que ocupaba el marqués de Cádiz, distribuyéndose las demás piezas mayores y menores por las otras estancias, defendidas todas por capitanes célebres. Hicieronse fosos, se construyeron parapetos, y detrás de la línea se estableció una fábrica de pólvora, y se pusieron fraguas y talleres de herreros, carpinteros, picapedreros y otros oficios para la construcción y reparo de las máquinas de batir. Comenzaron á jugar las baterías y á vomitar piedra y hierro; pero Hamet el Zegrí que tenía también diestros artilleros y disponía de formidables trenes, obligó con sus certeros tiros á los cristianos á suspender de día sus maniobras y el rey tuvo que retirar al amparo de una colina su tienda, que llamando la atención del enemigo por las banderas reunidas de Aragón y de Castilla que en ella ondeaban, la habían hecho los moros blanco de las descargas de su artillería. El conde de Cifuentes fué el primero que aporilló un torreón del arrabal, por cuya abertura intentó dos asaltos, protegido en uno de ellos por el duque de Nájera y el comendador de Calatrava: mas cuando algunos castellanos tremolaban ya sus banderas sobre el baluarte, los moros que tenían minada aquella parte del muro la hicieron volar, y los cuerpos de aquellos valientes volaron también hechos fragmentos para venir á sepultarse entre los escombros. Por otra brecha que se abrió en otro lienzo del arrabal penetraron también algunos intrépidos cristianos, que envueltos por los enemigos en aquellas tortuosas calles probaron una suerte poco menos desastrosa que sus compañeros.

(1) El que Prescott llama Gebalfaro.

(2) Hamete Zelí que dice Pulgar, y así le denominan también otros historiadores.

Con tan desgraciados principios entró el desaliento en el campamento cristiano: á las verdaderas penalidades que se sufrían se añadieron voces siniestras, corrieron rumores fatídicos, y alarmados con ellos algunos soldados, tuvieron la flaqueza de desertar á la ciudad, y exagerando allí las noticias, dieron nuevos bríos á los moros, que envalentonados y soberbios renovaron con furia los ataques y se atrevieron á hacer salidas impetuosas.

Conoció Fernando el desánimo de sus gentes, y comprendiendo cuál era el remedio mas eficaz para realentarlas, llamó á la reina que se hallaba en Córdoba. No tardó Isabel en presentarse en el campamento delante de Málaga, acompañada de la infanta su hija, de prelados y caballeros, y de las damas y dueñas de su servidumbre. Pintado se veía en todos los semblantes el mágico efecto, la transición del desánimo á la esperanza que producía siempre la presencia de Isabel recorriendo á caballo las filas de sus guerreros. El mismo monarca sintió fortalecido su espíritu, y preparando los cañones de mas grueso calibre, quiso antes de romper un fuego destructor hacer otra intimación al Zegrí dándole á escoger entre la rendición con generosas condiciones y la destrucción de la ciudad y la esclavitud de sus habitantes. Inexorable y duro el indómito Hamet, despachó á los emisarios con una ruda negativa, dándoles escolta para que no pudiesen hablar con ningún moro de la población: publicó una proclama propia para enardecer á los suyos, organizó su policía, y decretó pena de muerte para todo el que pronunciase la palabra capitulación. El moro ejecutaba lo que decía: una comisión de honrados padres de familia y de comerciantes y capitalistas pacíficos se le presentó á hacerle algunas reflexiones respetuosas sobre los peligros á que exponía á todos su inflexibilidad. Hamet los oyó, llamó á sus gomeles, les mandó cercar á los peticionarios y conducirlos á la plaza pública, y ordenó que todos fuesen allí degollados sin piedad ni consideración. Con tan ejemplar escarmiento los hombres mas tímidos, los mismos que no habían manejado nunca un arma, se presentaban á pelear en los puestos mas peligrosos, toda vez que arriesgaban menos en exponer sus pechos á los tiros de los cristianos que en incurrir en las iras de su propio gobernador (3).

Oyóse en esto una detonación horrible que estremeció á los malagueños é hizo retremblar los edificios de la ciudad. Era el estampido de una descarga general que Fernando mandó hacer con todas las baterías á un tiempo, para que vieran los de Málaga que no faltaba pólvora en el campamento cristiano, y cuán falsos eran los rumores que se habían hecho circular y lo que en su proclama les había dicho Hamet el Zegrí. El marqués de Cádiz había recibido un insulto que no pudo tolerar. Cuando el caudillo moro vió al marqués afanado en agasajar á la reina Isabel que había ido á visitar su estancia, hizo clavar en el mas alto torreón del castillo de Gibralfaro el estandarte cogido al marqués de Cádiz en los riscos de la Arquería. Encendió en ira aquella provocación al caballero andaluz, y al día siguiente hizo jugar todas las lombardas contra el castillo hasta conseguir desmantelar una de sus torres, y aproximó sus trenes y atrincheramientos á tiro de ballesta del formidable baluarte. Léjos de intimidarse por esto la guarnición sarracena, se vió una noche el campamento del de Cádiz rudamente atacado por una horda de hasta dos mil feroces gomeles acaudillados por Ibrahim Zenete, el segundo de Hamet. Descansaba el marqués en su tienda abrumado por la fatiga, cuando oyó el ruido de la pelea, levantóse despavorido, acudió á medio armar con su alférez y su pendón, arengó á los suyos y los rehizo, y en aquella reñidísima lucha clavóse una saeta enemiga en un brazo; también Ibrahim Zenete recibió una lanzada que le obligó á retirarse; entre los capitanes cristianos que allí perecieron se contó el intrépido Ortega del Prado, aquel famoso jefe de escaladores que proyectó y fué el primero á ejecutar la célebre conquista de Alhama; pero los sarracenos tuvieron que replegarse al castillo.

Un cuerpo auxiliar de caballería que el Zagal enviaba desde Guadix á los malagueños, cayó y fué deshecho en una emboscada que Boabdil, el rey Chico de Granada, le había pre-

(3) Pulgar, Crón., p. III, c. 78.

parado en el camino, noticioso de aquella expedición. De esta manera el rey moro, en odio á un rival y competidor de su misma creencia, favorecía y cooperaba al triunfo de los cristianos, llegando su humillación y su bajeza hasta el punto, no solo de noticiar á Fernando aquella victoria, sino de enviar á la reina Isabel un magnífico regalo de preciosas telas de seda y oro, de perfumes orientales, de caballos, armaduras, elegantes vestidos y joyas de primorosas labores. Fernando é Isabel, que secretamente y para sus adentros condenaban la conducta infiel de Boabdil como príncipe moro, alegrábanse de ella por propio interés, recibían sus agasajos con benevolencia, y en premio de su debilidad y humillación otorgaron á sus súbditos permiso para comerciar con los españoles en todo género de mercancías, como no fuesen efectos de guerra, y para cultivar en paz sus campos. Al propio tiempo arribaron naves y embajadores del sultan de Tremecen con ricos presentes para los reyes de Castilla, con la misión de rendirles homenaje y de interceder por los defensores de Málaga, y de pedir que las naves tremecinas fueran respetadas por las españolas que cruzaban por el Mediterráneo. Accedieron los reyes á esto último, cumplieron al africano enviándole una bandeja de oro con el escudo de las armas reales, y le exigieron que no auxiliase con tropas, armas ni víveres á los moros de Granada (1).

Íbase en tanto estrechando el cerco de Málaga, y reforzándose las estancias con nuevos fosos, minas, palizadas, máquinas de escalar y municiones transportadas de Barcelona, Valencia y otros puntos de la península, mientras la escasez y el hambre hacían sentir ya sus horrores en la ciudad, dando ocasión al inflexible Hamet para publicar terribles bandos y disposiciones y para distribuir con rigurosa economía entre los vecinos y la población las poquísimas subsistencias que conservaban ep sótanos algunos particulares.

Ocurrió á este tiempo en el campamento de los cristianos un raro y extraordinario lance, que mereció á una feliz casualidad, no costó la vida á los reyes. Una especie de profeta ó santón moro llamado Abraham el Gerbi, que había pasado su vida en el desierto y pasaba por inspirado, se presentó en las calles de Guadix, envuelto en su tosco albornoz, con su semblante lívido y su barba blanca y desaliñada, anunciando que Dios le había revelado por medio de los ángeles de Mahoma la manera de libertar á Málaga y destruir á los enemigos del Corán. Agregáronse al fanático musulmán hasta cuatrocientos supersticiosos moros de la tribu de los gomeles, los cuales, caminando de noche y por excusadas veredas, llegaron al campo de los cristianos, en ocasión que una partida de estos había salido á reconocer el terreno. La mitad de ellos logró penetrar en la plaza, la otra mitad cayó en manos de los exploradores, y fueron todos acuchillados, excepto uno á quien encontraron de rodillas y con las manos levantadas al cielo, en actitud de orar y como si estuviese en un éxtasis. Dejose prender sin resistencia, y como dijese que tenía importantes secretos que revelar á los reyes, lleváronle al pabellón real. Ya se entenderá que el misterioso moro no era otro que el santón de Guadix Abraham el Gerbi. Dormía á la sazón el rey, y se mandó que hasta que despertara condujeran al prisionero á la inmediata tienda. Hallábase en esta la marquesa de Moya doña Beatriz de Bobadilla, la íntima amiga de la reina Isabel, jugando á las damas con don Alvaro de Portugal, hijo del duque de Braganza, pariente de la reina. Por el aparato del pabellón sospechó el moro que aquellos personajes eran la reina y el rey. Pidió un vaso de agua, y haciendo ademán de beber, sacó un cuchillo de debajo del albornoz, y asestándole contra el príncipe de Portugal le hizo una herida en la cabeza que le derribó bañado en sangre en el suelo; y revolviendo de improviso sobre la marquesa le dirigió una estocada que por fortuna se embotó en los bordados de su vestido; quiso repetir el golpe, y unos palos de la tienda en que tropezó el acero salvaron á doña Beatriz. Abalanzáronse los caballeros sobre el asesino, y cien espadas se clavaron en sus entrañas. Al ruido y alboroto acudieron el rey y la reina, aquel envuelto todavía en la colcha de su cama, y asombrá-

ronse y se estremecieron á la idea del peligro que habían corrido, tomando el mas vivo interés por don Alvaro y por su querida doña Beatriz (2).

Desde entonces se tomaron serias precauciones para seguridad de las preciosas vidas de los monarcas, entre ellas la de crear una guardia de doscientos hidalgos de Castilla y otros tantos de Aragón para la custodia de las reales personas. El cadáver del moro asesino fué arrojado á la ciudad con un disparo de catapulta, al modo de lo que en otro tiempo habían ejecutado los alárabes con el del hijo de Guzman el Bueno en el campo de Tarifa, pero vengáronse los malagueños matando á un hidalgo de Galicia cautivado en Velez, y atando su cadáver á un pollino que hicieron salir á los reales de los cristianos.

Otro fanático agorero mantenía en Málaga el entusiasmo religioso; hacia venerar como mártir al santón de Guadix; docto tradicionista y orador elocuente, predicaba con fervor al pueblo, empuñando con una mano una cimitarra y con otra un estandarte blanco, prometiendo por aquella sagrada enseña que todas las provisiones que los cristianos tenían hechas en sus reales, habían de ser para el sustento de los verdaderos creyentes, y que los enemigos del Profeta desaparecerían como aristas al soplo del huracán. El astuto Hamet, que conocía la influencia de tales predicaciones en el pueblo, protegía al mago alfaquí, y aparentaba creer en él y venerarle como un oráculo. Pero á vueltas de tan halagüeños augurios, los escasos víveres de la ciudad se agotaban, las madres mantenían á sus niños con hojas de parra cocidas con aceite, los adultos comían hasta cueros de vaca remojados, los fieros gomeles entraban en las casas á ver si encontraban algún alimento que arrebatar, y familias enteras abandonaban sus hogares para ir á ofrecerse por esclavos á los cristianos con tal que les diesen pan. Y como al propio tiempo la ciudad era cañoneada, y se volaban algunas torres y puentes con estremecimiento espantoso, resolvieron otra vez algunos principales ciudadanos, con varios alfaquíes y propietarios ricos, á representar á Hamet los incalculables males de prolongar una resistencia inútil. El indomable moro, menos cruel con ellos que con los anteriores emisarios, les contestó no obstante que todavía contaba con medios de triunfo, que preparaba un combate decisivo, al cual quería que estuviesen dispuestos, y que la señal sería la desaparición de la bandera blanca del Profeta que ondeaba en la mas alta almena de Gibralfaro. Y eso que sabía el soberbio moro que toda la línea de circunvalación, así de mar como de tierra, había sido reforzada con naves y tropas que diariamente acudían al cerco de varios puntos de España. Entre otros habían concurrido los condes de Concentaina, de Almenara y de Denia, y el duque de Medinasiona, llevando consigo la gente de sus Estados, dinero para los gastos de la guerra, y multitud de galeras con provisiones, de modo que llegó á subir el número de los cristianos del cerco á setenta ó ochenta mil.

A pesar de todo cumplió su palabra el terrible Hamet. La bandera santa desapareció de Gibralfaro; era el anuncio del combate; el pendón había pasado á manos del alfaquí, que arengaba frenéticamente á las tropas puestas en órden por Hamet. Así salieron de la ciudad, marchando á la delantera de los gomeles el fanático predicador. Terrible y furiosa fué la primera acometida de los feroces africanos á las estancias de los maestros de Santiago y de Alcántara, cuyas trincheras lograron arrollar. Un cronista español contemporáneo refiere y pondera un rasgo de humanidad que tuvo en esta ocasión Ibrahim Zenete que mandaba la expedición. Habiendo hallado en una tienda algunos jovencitos cristianos, quedáronse estos absortos á la presencia del formidable guerrero musulmán, y cuando ellos temían por su vida, tocóles Ibrahim suavemente con el asta de su lanza y les dijo: *Ea, muchachos, id con vuestras madres*. Reconvinéndole luego los otros moros porque los había dejado ir con vida, añade el cronista (vertiendo al castellano de su tiempo las palabras del sarr-

(2) Bernaldez, ubi sup.—Lucio Marineo, Cosas memorables, l. XX, folio 176.—Pedro Mártir, Opus Epist., lib. I, c. 63.—Oviedo, Quincuag., bat. I, quin. 1, dial. 23.

(1) Bernaldez, Reyes Católicos, c. 84.

eno) que les respondió: *Non los mate, porque non vide barbas.* Supieron los cristianos, y aplaudieron todos el hidalgo proceder del musulmán (1). Repuestos los castellanos, y socorridos por algunos caballeros, hicieron cejar á los feroces gomeles, y defendieron heroicamente el paso por donde Hamet el Zegrí intentaba penetrar hasta el pabellon real con intencion de apoderarse de los reyes. Una piedra lanzada por una catapulta aplastó la sien y cortó la palabra y la vida al fervoroso alfaquí que con su bandera en la mano exhortaba á los infieles y les prometía la victoria. La muerte del pseudo-profeta desalentó á los moros, aglomeráronse fuerzas cristianas, y los fieros gomeles tuvieron que volver la espalda á refugiarse en la poblacion, con pérdida de muchos de sus mas bravos campeones. Desacreditóse con esta derrota Hamet el Zegrí, tanto que temiendo la exasperacion y la saña del pueblo se encerró con algunos gomeles en Gibralfaro, donde en un arrebatado cólera estuvo tentado á bajar con sus soldados á la ciudad, matar á los niños, á los viejos y á las mujeres, incendiar la poblacion, y arremeter en seguida á los cristianos hasta vencer ó morir. Pasado que le hubo este loco frenesí, determinó defenderse cuanto pudiera en el castillo, y abandonar á su propia suerte la poblacion (2).

Tan pronto como los malagueños se vieron libres del tiránico yugo de Hamet el Zegrí, acosados tambien por el hambre horrorosa que se padecía, acordaron que una comision de moros principales, á cuya cabeza habia de ir el opulento comerciante Ali Dordux que siempre habia sido el primero en estas comisiones, saliera á proponer á los reyes de Castilla la entrega de la ciudad con tal que les diesen seguro para sus personas y bienes, y les permitiesen pasar á Africa ó vivir como mudejares en Castilla ó Andalucía. Respondióles Fernando por medio del comendador mayor de Leon, que era ya muy tarde y habian sido demasiado obstinados para obtener tan ventajosas condiciones, y puesto que solo el hambre los obligaba á capitular estuviesen á lo que el rey quisiese hacer de ellos, «conviene á saber, lo que á la muerte, á la muerte, é los que al captiverio, al captiverio.» Comunicada por los emisarios tan dura respuesta á los vecinos de la ciudad, enviaron á decir, que si no se les concedia seguro para sus personas, colgarian de las almenas hasta quinientos cristianos, hombres y mujeres que tenian cautivos, pondrian fuego á la poblacion, arrojarían á las llamas sus familias, y saldrían todos á morir matando cristianos, de tal manera que el hecho de Málaga resonara en todos los siglos y en todos los ámbitos del mundo. Fernando se mantenía en su primera respuesta, añadiendo que si mataban un solo cristiano, no quedaria un moro en la ciudad que no fuese pasado á cuchillo. Al fin acordaron enviar catorce representantes de los catorce barrios en que la ciudad estaba dividida, con una carta para los reyes que comenzaba: «Alabado Dios Todopoderoso. Á nuestros señores, á nuestros reyes el rey y la reina, mayores que todos los reyes y todos los príncipes, ensálceos Dios; encomiéndanse en la grandeza de vuestro estado, y besan la tierra debajo de vuestros piés vuestros servidores y esclavos los de Málaga, grandes y pequeños; remédielos Dios, y despues de esto ensálceos Dios. Vuestros servidores suplican á vuestro estado real, que los remedie como conviene á vuestra grandeza, habiendo piedad y misericordia de ellos, segun hicieron vuestros padres y vuestros abuelos los reyes grandes y poderosos, etc.»

No obstante lo humilde de esta carta, algunos capitanes cristianos proponian que se hiciese en los moros malagueños un degüello general para que sirviese de escarmiento á otros. Opúsose la reina Isabel á tan sanguinaria proposicion, diciendo que no permitiria que sus victorias se empañaran con tales actos de crueldad, y Fernando les contestó que no cumpliera á

(1) Bernaldez, Reyes Católicos, c. 84.

(2) Pulgar dice que se retiró á la Alcazaba, lo cual no es verosímil. «Y el dolor (dice) que se ovo en la ciudad de aquel vencimiento, é los llantos de los homes é de las mujeres que facian por los muertos é por los feridos, fué tanto grande, que aquel capitan principal no osó estar en la ciudad, é se retraxo al Alcazaba; é dixo á los moros, que ficiessen partido de entregar la ciudad con todas sus fortalezas al Rey é á la Reyna.» Crónica, p. III, c. 92.

su servicio recibirlos de otra manera que entregándose á discrecion, «salvo dándolos á mi merced.» Ali Dordux inclinó á los malagueños á que aceptaran en estos términos la rendicion. En su virtud, entregados al rey veinte nobles y principales moros en rehenes, concedida licencia de permanecer en Málaga como mudejares á cuarenta familias designadas por Ali Dordux, quedando todos los demás cautivos hasta que comprasen su rescate en determinado plazo y cantidad, pasó el comendador mayor de Leon á tomar posesion de aquella ciudad tan heroicamente defendida; tras él entraron varios cuerpos de tropas; plantáronse cruces y estandartes en los baluartes y torres; á su vista los prelados y clérigos entonaron arrodillados el *Te Deum*; guarneciéronse las torres y fuertes; se hizo un empadronamiento de los moros y se les obligó á entregar las armas; doce cristianos traidores de los que se habian pasado del real fueron asaeteados con cañas; los ancianos y mujeres se lamentaban por las calles, exclamando, dice el cronista, con lastimera voz: «¡Oh Málaga, ciudad nombrada é muy hermosa! ¡Cómo te desamparan tus moradores! ¿Dó está la fortaleza de tus castillos? ¿Dó está la fermosura de tus torres? ¿Qué harán tus viejos é tus matronas? ¿Qué harán las doncellas criadas en señorío delicado, cuando se vieren en dura servidumbre? ¿Podrán por ventura los cristianos tus enemigos arrancar los niños de los brazos de sus madres, apartar los hijos de sus padres, los maridos de sus mujeres sin que derramen lágrimas (3)?»

Continuaba Hamet el Zegrí encerrado en su castillo de Gibralfaro: mas como no hubiese quien le ayudara á prolongar su resistencia, fué aprisionado por un hijo del mismo Ali Dordux, que cargó cruelmente de grillos y cadenas al altanero caudillo, y así fué llevado despues á la fortaleza de Carmona. Ni un momento le abandonó su espíritu al valeroso musulmán: digno era de mejor causa y de mejor tratamiento el heroico defensor de Málaga. El rey y la reina no quisieron entrar en la ciudad hasta que se limpió de los insepultos cadáveres que infestaban con su fetidez la atmósfera, y hasta que se purificó y consagró la mezquita principal. Entonces hicieron su entrada solemne, acompañándolos en brillante procesion la corte, los prelados, todo el clero que habia asistido á la campaña, incluso el venerable cardenal Mendoza, con cruces y pendones, y dirigiéndose al nuevo templo, postrados todos dieron gracias al Dios de los ejércitos por el glorioso triunfo que les habia concedido (20 de agosto). El espectáculo que mas enterneció á todos, y muy especialmente á los reyes, fué el de los seiscientos cristianos que despues de muchos años de cautividad se presentaron recién sacados de las mazmorras, con sus rostros macilentos, su larga barba, sus miserables harapos que apenas cubrian sus enjutos cuerpos, y sus brazos y piés señalados por los hierros. Estos infelices, derramando lágrimas de alegría, quisieron prosternarse ante los soberanos sus libertadores, pero ellos, alzándolos carinosamente, no consintieron aquella humilde demostracion, y contentándose con darles á besar sus reales manos, los despidieron enternecidos, mandando que se les suministrase alimento en abundancia y se les proveyera de medios para que pudiesen regresar al seno de sus familias y antiguos hogares. Los reyes erigieron á Málaga en silla episcopal, nombrando por primer prelado á su limosnero el docto y honrado don Pedro de Toledo, canónigo de Sevilla, sujetando á la diócesis varias villas y territorios de la costa, de la serranía de Ronda y de la Ajarquía. Se fijó tambien su jurisdiccion civil; se tomaron medidas para repoblar una ciudad que iba á quedar desierta de sus antiguos moradores, y se concedieron tierras y heredades á los cristianos que quisiesen habitarla.

Habiase hecho saber al pueblo congregado en los patios de la Alcazaba la terrible sentencia de su esclavitud, y llegó el caso de cumplirla. Los desventurados moros malagueños fueron repartidos como manadas de ovejas en tres porciones: de ellas una se destinó para rescate de cristianos cautivos en Africa; otra tercera parte se distribuyó entre los nobles, caballeros, capitanes y oficiales que habian concurrido á la conquista; la restante se aplicó á indemnizar al tesoro de los

(3) Pulgar, p. III, c. 93.

gastos hechos para la guerra. Al papa le fueron enviados cien gomeles, cincuenta doncellas moriscas á la reina de Nápoles, y otras treinta á la de Portugal: muchas tomó la reina para sí, y otras regaló á las damas y dueñas de su servidumbre. Concediase el rescate al que entregaba treinta doblas dentro del improrogable plazo de ocho meses (1).

Tal y tan trabajosa fué la conquista de la opulenta Málaga, y su defensa una de las mas heroicas y brillantes que hicieron los guerreros del islamismo. Los reyes de Castilla, dueños ya de la costa occidental del reino de Granada, tomadas las medidas que hemos apuntado y otras conducentes al gobierno de la recién conquistada ciudad y su territorio, regresaron con su victorioso ejército en la estacion del otoño á Córdoba, donde fueron recibidos en medio de aclamaciones populares, y se prepararon á emprender nuevas y todavía mas gloriosas campañas.

CAPÍTULO VI

Célebre conquista de Baza

DE 1488 Á 1489

Situacion del reino granadino.—Isabel y Fernando en Aragon.—Córtes de Zaragoza: lo que se hizo en ellas.—Digna contestacion de Fernando á un embajador de Francia.—Los reyes en Valencia, Murcia y Valladolid.—Van á Jaen á renovar la guerra.—Empréndese el famoso cerco de Baza.—El príncipe moro Cid Hiaya en Baza: el Zagal en Guadix.—Trabajos y dificultades para el cerco: conflicto y desánimo en el ejército cristiano: enérgica resolucion de la reina Isabel.—Tala general de las frondosísimas alamedas de Baza, hecha por los cristianos.—Hazaña de Hernán Pérez del Pulgar: premio que obtuvo.—Embajadores del Gran Turco en el campamento de Fernando, y respuesta de la reina y del rey.—Inmensos servicios que desde Jaen hizo la reina al ejército: desprendimiento heroico de Isabel y de sus damas.—Rasgo igualmente patriótico de las doncellas moras.—Valor y serenidad de Cid Hiaya.—Ardid del príncipe moro, y astucia de Fernando.—Rigor y crudeza del invierno: los cristianos convierten su campamento en una poblacion: trabajos que pasan: desaliento general.—Admirable viaje de Isabel desde Jaen á los reales de Baza.—Pasa revista al ejército: entusiasmo.—Galantería del príncipe Cid Hiaya.—Capitulaciones: rendicion de Baza: entrada de Fernando é Isabel.—Generosa conducta del príncipe y de los caudillos moros.—Cid Hiaya negocia con el Zagal la rendicion de Almería y de Guadix.—Toman los reyes posesion de Almería: noble comportamiento del Zagal.—Tómanla de Guadix.—Suerte de Abdallah el Zagal.—Término feliz de la campaña.—Reflexiones.

La conquista de Málaga dejaba el reino granadino fraccionado en tres soberanos: los reyes de Castilla dominaban la parte occidental desde Illora y Moclin hasta Velez; en oriente obedecian al Zagal las ciudades y territorios de Almería, Baza, Guadix y la Alpujarra hasta Almuñecar: Boabdil, el rey Chico, sostenia en Granada una sombra de poder, circunscrito el antiguo imperio de los Alhamares á la capital y á las montañas mas vecinas. Hubiera Boabdil caido muy pronto de su vacilante trono, derrocado por el inconstante pueblo granadino, si Fernando, interesado en sostenerle contra el partido del Zagal y en mantener vivas sus rivalidades, no le hubiera ayudado enviándole una hueste al mando de Gonzalo de Córdoba, con que pudo reprimir las tentativas de rebelion. Tampoco Boabdil queria renunciar á la alianza de Fernando, y así los moros de Granada vivían entonces en perfecta tranquilidad con los castellanos.

Fernando é Isabel, terminada la conquista de Málaga, pasa-

(1) Duras fueron en verdad las condiciones, y cruel el castigo que se impuso á una poblacion cuyos moradores en su mayor parte no habian hecho sino defender heroicamente sus vidas, haciendas y lugares, muchos de ellos forzados por los rigurosos y tiránicos bandos de su gobernador. Esto da ocasion á William Prescott para mostrarse indignado contra los autores de tan inhumano tratamiento, de que culpa principalmente al rey Fernando y al clero, y no exime á la reina Isabel del cargo de haberlo consentido, si bien reconociendo que tan terribles medidas eran opuestas al carácter naturalmente piadoso, humanitario y compasivo de aquella señora, la disculpa en parte con la supersticion de la época y con el respeto que solia tener al dictámen de sus consejeros y directores espirituales. Hist. de los Reyes Católicos, cap. 13.

ron de Córdoba á Aragon, así con objeto de que reconociese aquel reino por heredero de la corona al príncipe don Juan, que contaba entonces diez años, como de reformar la administracion de la justicia y de la hacienda, y de corregir desórdenes y abusos que á la sombra de las particulares instituciones del país y con la turbacion de los tiempos y la ausencia de su soberano se habian introducido. Logrado este objeto, votado por las córtes aragonesas un subsidio para la continuacion de la guerra de Granada, y establecida en aquel reino la hermandad para la persecucion y castigo de malhechores á la manera que lo habian hecho antes en Castilla, partieron los monarcas de Zaragoza para Valencia con un propósito y fin semejante (1488). Reunidos en córtes los prelados, caballeros y barones valencianos, expusieron á los reyes los males y agravios que la provincia padecía. Los reyes aplacaron las turbulencias y bandos que agitaban y perturbaban aquel hermoso reino, restablecieron con su acostumbrada energía el imperio de la justicia y de la ley, é hicieron que no fuese el poder turbulento de los partidos, sino la sentencia legal de los jueces y tribunales la que decidiese las querellas entre los ciudadanos. Allí tuvieron noticia de que un embajador del rey de Francia habia llegado á Cataluña é intentaba hablarles de parte de aquel soberano á propósito de renovar las antiguas alianzas de Francia y de Castilla. Enviaronle nuestros reyes á decir, que si traía comision para entregarles luego los condados de Rosellon y de Cerdaña que el francés les tenia injustamente ocupados, viniese en buen hora y le recibirían con placer: mas si tal comision no traía, no pasase mas adelante y se volviese á su tierra. Como contestase el francés que si bien su embajada era de paz no traía aquel especial encargo, hicieronle los monarcas españoles cumplir su intimacion, y sin dar un paso adelante tornóse á su país sin que otras reflexiones le quisiesen escuchar ni el rey ni la reina (2).

Por el contrario, recibieron con mucha honra y oyeron muy benévolutamente al señor de Albret, que se les presentó á hablarles con mucho respeto sobre asuntos pertenecientes al reino de Navarra, de que no daremos cuenta ahora por no interrumpir la narracion del gran suceso que forma el objeto de los presentes capítulos. Despues de lo cual pasaron á Murcia (junio), á fin de preparar la conquista del reino granadino por la parte oriental, que no habia aun sentido el peso de las armas castellanas. La reina Isabel se quedó en Murcia atendiendo á los asuntos del gobierno, y Fernando se trasladó á Lorca con cuatro mil caballos y catorce mil peones (3). La villa de Vera le abrió fácilmente sus puertas, y los alcaides de Cuevas, los Velez, Castilleja y otras varias poblaciones se ofrecieron á ser sus vasallos y á vivir como mudejares. Esto le animó á hacer un reconocimiento sobre Almería, pero habiendo sido rechazado por el Zagal, replegóse y se corrió hácia Baza, donde tambien acudió el intrépido moro con sus valientes partidarios. Aquí la gente del marqués de Cádiz se vió envuelta en una celada y sufrió grande estrago. El rey, corriendo con el grueso del ejército, salvó la diezmada vanguardia, mas no pudo evitar la muerte del gran maestre de Montesa don Felipe de Aragon, su sobrino, cuyo cráneo deshizo lastimosamente un tiro de espingarda. El ejército se fué retirando hasta las márgenes del río Guadalquivir, y Fernando se volvió á Murcia, donde se hallaba la reina, dejando por gobernador de los lugares conquistados á don Luis Portocarrero, señor de Palma. Enorgullecido con estos parciales triunfos el Zagal, hizo varias

(2) Pulgar, Reyes Católicos, p. III, c. 96.—Zurita, Anal. de Aragon, libro XX.

(3) En otra ocasion hemos hablado de la inflexible severidad de la reina Isabel para el castigo de los crimenes sin excepcion de personas. Hallándose en Murcia ocurrió un lance semejante á los que en otro lugar hemos referido. El alcalde mayor de las tierras del duque de Alva y el alcaide de Salvatierra insultaron y apalearon á un recaudador de las rentas reales que iba con su escribano. Súpolo la reina, y envió secretamente un alcaide de corte para que averiguara la verdad del hecho y le castigara en justicia. El alcaide, prévia una sumaria informacion, hizo ahorcar á uno de los delinquentes en el mismo lugar en que habia cometido el delito: al otro le envió ante los oidores de la chancillería de Valladolid, los cuales mandaron cortarle la mano derecha, y le extrañaron para siempre del reino. Pulgar, part. cit., cap. 99.